

## CHEMA CABALLERO CÁCERES



Nace en Castuera (Badajoz), en 1961. Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Madrid en 1984 y en Estudios Eclesiásticos por la Pontificia de Salamanca en 1995; es ordenado sacerdote en ese mismo año. Máster en Ciencias Sociales por the Long Island University, Nueva York (USA) en 1998.

Llega a Sierra Leona en 1992, donde ha realizado trabajos de promoción de Justicia y Paz y Derechos Humanos. En 1999 asume la dirección del programa de los Misioneros Javerianos en Sierra Leona "Rehabilitación de Menores Soldados", abriendo el centro de St. Michael en Lakka a pocos kilómetros de Freetown, el centro permaneció abierto hasta abril de 2002.

En 2003 comienza un proyecto nuevo en la selva del Tonko Limba, la zona más subdesarrollada de Sierra Leona. El proyecto titulado "Educación como motor del desarrollo" engloba los campos de la Educación, la Agricultura y la Sanidad.

Ha sido nombrado Perito en menores soldado para el Tribunal especial para Sierra Leona.

Desde 2010 se encuentra en Europa dedicándose, principalmente, a trabajos de sensibilización, asesorando a ONG, impartiendo clases en algunos máster y publicando artículos y blogs sobre África, desarrollo y cooperación.

En Junio del 2011 decide romper su relación con los Misioneros Javerianos, dejando de ejercer el sacerdocio.

Ha escrito y colaborado en muchos libros y artículos sobre el tema de Sierra Leona, entre otros: "Los hombres leopardo se están extinguiendo", "Adiós a las armas; ni un solo niño en la guerra", "Yo no quería hacerlo", "Si el norte fuera el sur", "Sierra Leona guerra y paz", "Miradas de Cristal" "Veintinueve maneras de concebir el silencio", cuento "Suluku, la historia de un niño soldado en Sierra Leona"...

Ha recibido numerosos premios y reconocimientos por su labor con "menores soldado".

# DAR GRACIAS A Dios

José está a punto de cumplir 19 años. Abandonado por su madre al nacer, lo acogieron unos tíos que le han cuidado como uno más de sus hijos. Ha crecido en una chabola construida por ellos mismos en la Cañada Real de Madrid, la mayor concentración chabolista de la capital de España. Raro es el día que los periódicos no hablan de redadas contra los clanes de la droga instalados en los diversos tramos de ese asentamiento.

Con la crisis el tío de José, Gaspar, perdió su trabajo como albañil. Para poder dar de comer a su familia tuvo que reinventarse y empezó a vender globos en parques y ferias. Ha mantenido a sus hijos y a su sobrino fuera de la droga y otras actividades ilegales del barrio. Pero José sabe lo que significa irse a la cama con el estómago vacío casi todos los días.

Una asociación que trabaja con jóvenes en riesgo de exclusión social ofreció a José la oportunidad de hacer un curso de ayudante de cocinero. Algo muy básico pero que le podría facilitar el encontrar un trabajo en el futuro. Hizo prácticas en un par de restaurantes, sin que le pagaran, evidentemente. Finalmente le ofrecieron un trabajo de aprendiz con contrato temporal de tres meses. Estaba a punto de cumplir los 18 años y se le habría un mundo nuevo lleno de posibilidades, pero muy pronto se dio de bruces contra la realidad. Al terminar el contrato el dueño del restaurante le dijo que le gustaba mucho como trabajaba y que le iba a renovar. José siguió trabajando y al cabo de un mes, cuando preguntó por la renovación de su contrato el jefe le dijo que no había, que siguiera trabajando como estaba: doce horas diarias, seis días a la semana, por lo que al final de mes, tras insistir un poco, recibía un sobre con seiscientos euros. Cada vez que protestaba el dueño le decía: "es lo que hay, lo tomas o lo dejas. Tengo ciento de chavales que están dispuestos a coger tu puesto en cuanto les llame".

José tuvo la suerte de entrar en un bar escuela que le forma como cocinero a principios de diciembre. Tiene contrato de formación y trabaja seis horas diarias, cinco días a la semana. En el anterior empleo trabajó hasta el último día de noviembre y cuando pidió su sueldo, el jefe le dijo que se fuera por donde había venido que como no le había notificado con 15 de días de antelación no tenía que pagarle nada. El convenio de hostelería de la Comunidad de Madrid no impone la obligación de preaviso, además José trabajaba en negro. El chaval amenazó con denunciar al dueño del restaurante y este le dijo: "¿a que no hay cojones? ¿Pero tú crees que a mí me van



a hacer algo?” José llora de rabia cuando me lo cuenta y dice que le entran ganas de llamar a unos cuantos amigos del barrio y destrozarse el restaurante “del cabrón ese que se está forrando a costa de explotarnos como esclavos”. Luego me mira con sus ojos acuosos y mientras se limpia con las palmas de las manos las últimas lágrimas que chorean por sus mejillas me pregunta: “¿es que esto va a ser siempre así? Si naces pobre no te queda más remedio que joderte y trabajar para que los ricos se hagan más ricos. Los pobres no tenemos derecho, no tenemos justicia”. Yo callo y miro en el infinito de sus ojos sin saber qué responderle.

En el bar escuela José ha coincidido con Jesús, otro chaval de su barrio, de su misma edad. Tercero de 10 hermanos, su padre se ha ganado la vida vendiendo en mercadillos hasta que una enfermedad le obligó a dejar el trabajo. Ahora toda la familia vive del los 875 euros que gana Jesús. Los dos hermanos mayores se pasan el día buscando trabajo. De vez en cuando les sale algo temporal como electricistas o fontaneros. Todo en negro, 20 euros, como mucho, por una jornada que nunca se sabe cuándo va a terminar. Ángel, el mayor de los hermanos, me comenta: “hemos hecho nuestra FP y nadie nos contrata, no sé si será porque semos gitanos”.

La madre, María, dice que no es fácil criar a 10 hijos en un barrio como el suyo, pero que no tiene otra alternativa. “Muchos vecinos han terminado en la cárcel o enganchados a la droga, yo no quiero eso para mis hijos, pero a veces entiendo que cuando se te cierran todas las puertas no te quede otra opción”.

Jesús se queja de que a pesar de trabajar no puede comprarse ropa nueva, todo lo que lleva es de segunda mano, de los roperos de Caritas y otras organizaciones, porque todo su sueldo va íntegro a ayudar a su familia. Gracias a él sobreviven. “¿Y antes de que tú empezaras a trabajar aquí hace un mes, cómo sobrevivías en casa?” le pregunto. “Como podíamos, de lo que nos daban y más de un día nos habíamos acostado sin comer.” Le miro fijo a los ojos, él no mantiene la mirada y sus mejillas se sonrojan mientras me dice: “sabes, al final te acostumbras, cuando tienes hambre te tumbas en la cama y te duermes, así te olvidas del hambre. Lo peor son los pequeños, que no aguantan tanto y se pasan el día llorando”.

José y Jesús aprenden y trabajan en un bar que está en pleno barrio de Salamanca, a una hora en metro de sus casas. Estudiantes de una universidad privada que tiene su sede a las espaldas del local, se sientan en las mesas y beben cerveza durante horas mientras hablan de fiestas, de discotecas, de la mala leche de algún profesor, de la última conquista hecha, de si en Navidad toda la familia se va a esquiar a Suiza o de si el otro no ve la hora de llegar a la finca de Écija porque ya echa de menos montar a caballo. Y llega la novia de uno de ellos y cuenta que se va junto a otras cuatro amigas a pasar el fin de semana a Londres para hacer las compras de navidad y uno de los que están sentados le contesta que su madre ha ido a Miami, como todos los años, a comprar los regalos para la fiesta. La conversación sigue animándose y llaman a Jesús para que les sirva otra ronda de dobles de cerveza y también piden unas raciones de patatas bravas y huevos rotos con jamón que les prepara José en la cocina.

La sociedad en la que vivimos está cada vez más dividida: unos pocos ricos que lo tienen todo y un gran segmento de la población que no deja de crecer y que cada vez tienen menos posibilidades de romper el círculo de la pobreza en el que está metido. Los recortes en educación, sanidad y servicios sociales impuestos por nuestro gobierno, están favoreciendo que el abismo entre uno y otro grupo sea cada vez más amplio y que resulte prácticamente imposible salir de uno para entrar en el otro. La crisis económica está siendo utilizada como excusa para poner fin a todo tipo de mecanismos que permitan que los menos favorecidos tengan las mismas oportunidades que cualquier otro chaval de su edad.

Los pobres son cada día más pobres mientras que las grandes fortunas españolas remontan la depresión y se alejan de ella. Las noticias nos informan de que las 200 mayores del país han crecido, en los últimos 12 meses un 16,9 %. Dinero y patrimonio perteneciente a los que imponen las medidas para paliar la crisis, las mismas que condenan a la miseria y a la exclusión a la mayoría de la población.

Se trata de esas mismas personas que dan gracias a Dios porque a sus familias no les falta de nada y donan de lo que les sobra a los bancos de alimentos o a Cáritas para que los pobres tengan algo que comer y no molesten por las calles.

